

Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía

New literary forms for the social sciences: autoethnography

Joel Felíu i Samuel-Lajeunesse

Universitat Autònoma de Barcelona

joel.feliu@uab.cat

Resumen

Este es un trabajo sobre el momento de escribir en el proceso de la investigación. Es decir sobre el poder de la escritura. La posmodernidad no ha pasado en vano por la psicología social, ni por el resto de ciencias sociales. Ha aportado un debate crucial sobre las formas de expresión de la ciencia establecida y los efectos de poder que se desprenden de ella. Los estudios sociales de la ciencia y la tecnología han contribuido a esclarecer las ficciones a qué nos aboca el método científico, sobre todo en las denominadas ciencias "duras". Las etnografías experimentales de la antropología posmoderna han establecido la duda sistemática sobre la autoridad del etnógrafo y sus escritos. Tanto si hablamos de metodologías cuantitativas como cualitativas, la preocupación por los efectos de poder de la producción del conocimiento científico, está en el orden del día. Pero además cabe preguntarse si el contenido es independiente de la forma, e incluso si lo que escribimos ya lo sabíamos antes de escribirlo. En esta comunicación, nos proponemos ir a la búsqueda de nuevas formas literarias que cuestionen los efectos de poder habituales, sin perder de vista el objetivo final de la producción de conocimiento, que es la reflexión de la sociedad sobre sí misma. Para hacerlo, hará falta librarse de algunas dicotomías problemáticas como por ejemplo la separación entre objeto y sujeto, entre realidad y ficción, entre la forma y el contenido y, claro está, entre los resultados de la búsqueda y su inscripción en cualquier dispositivo material. Por esta razón, exploraremos con cierto detenimiento las posibilidades que tiene la autoetnografía para cumplir con estas promesas.

Abstract

This is a study of what it is to write up a piece of research. That is, a study of the power of writing. Postmodernism has had its sway over social psychology as such as over the other social sciences. It has set a query against established forms of scientific writing, and what they imply. Social studies of science and technology have debunked the fiction of scientific method, especially in the allegedly "hard" sciences. Equally, in the so-called "soft" sciences, New, experimental forms of ethnography, done by postmodern anthropologists, have doubted the very idea of the ethnographer's authority. Whether qualitative or quantitative, all methods are now in question.

This article reviews new literary forms which might offer a way to both challenge the ever-present issues of power, while at the same time keeping true to the social scientist's fundamental aim - to promote society's reflection on itself. To do so, one will have to break free from such limiting, but unconscious, binaries as the divide between object and subject, reality and fiction, and between form and content. Autoethnography presents itself as one such promising literary form.

Palabras clave: Prácticas Analíticas Creativas; Autoetnografía; Escritura

Keywords: Creative analytical practices; writing; autoethnography

ANTES DEL PRINCIPIO: el género

En una reciente visita que hice a la Wikipedia en español para solventar una duda sobre géneros literarios, descubrí, primero con sorpresa, luego con indignación y finalmente con resignación, que nadie se había preocupado por situar la literatura científica entre los géneros posibles. Dado que es el género en el que suelo escribir, me pareció que se le hacía un feo a una literatura tan abundante y tan prestigiada en nuestros tiempos. Por otro lado, comprendía también que dada la habitual baja calidad literaria de muchos de nuestros textos, nadie hubiera pensado en situarla en el mundo de la literatura. Además, cabe suponer que tampoco la ciencia ha mostrado ningún interés en ser considerada literatura, si no todo lo contrario. Pero guste o no a científicos y literatos, en realidad la ciencia se escribe y por lo tanto es un tipo de literatura. Muchos científicos preferirían pensar que su literatura es la misma que la de las notas de la compra para el supermercado: una breve literatura de la constatación, en este caso la constatación de los vacíos de la despensa, que no supone nada más allá de la inocente tarea de registrar hechos. Pero no es así, la ciencia no solo constata, también afirma, argumenta, ataca, defiende, registra e incluso ironiza. La científica, es una literatura de pleno derecho, con sus metáforas y sus metonímias, sus momentos brillantes y sus bajezas.

Si la ciencia es literatura, entonces también tiene derecho a su propio género, a sus condiciones de escritura. Condiciones que son sus personajes, que suelen ser otros científicos, pero también métodos, datos y resultados, y sobre todo máquinas, también sus misterios típicos, sus habituales casos que resolver y un cierto imaginario compartido sobre la realidad de las cosas. Y luego, su listado de subgéneros: nota de laboratorio, registro, artículo en revista prestigiosa, diario de campo, artículo de difusión, entrevista en profundidad, etc.

El contenido de lo que uno escribe no es independiente del género al que se adscribe. Ni tampoco la lectura del lector puede ser independiente del género en el que clasifica su lectura. Una categorización dada, supone ya de por sí un punto de vista sobre el texto clasificado en un género u otro. Por otro lado, el género también orienta al autor que se sitúa en su seno. Afirma Piglia (1995, cit. en Arán, 2001), que el género es un marco, y a su vez el género es una máquina de narrar. Por esta misma razón, el género no gusta como idea. A los románticos, les parece que coarta la creación y homogeneiza; cómo puede un genio despilfarrar su talento original, inscribiéndose en un género cualquiera para reproducir otra vez la misma canción, la misma novela, el mismo soneto. Los postmodernos sustentan su razón de ser justamente en la crítica al género, están a favor de lo híbrido, de la mezcla, huyen de la pureza y disfrutan en la subversión de los géneros.

Aunque, como comenta Pampa Olga Arán (2001), el género apela etimológicamente a las especies, a la clasificación, pero también al nacimiento, es decir a la creación. El género tiene el efecto conservador de la clasificación y simultáneamente el efecto creador que posibilita cualquier terreno que le permita a uno moverse sabiendo cuáles son las normas del juego. Además, facilita la aparición de nuevos géneros, a través de la hibridación y la fragmentación de los existentes. Finalmente, el escritor no se pliega nunca al género, sino que es un intérprete activo del mismo, lo utiliza para economizar en ciertos procedimientos, con el fin de situarse en un terreno común con el lector, para facilitar la lectura con una serie de sobreentendidos compartidos. Justamente, el producto de la negociación entre el autor y el género al que se adscribe, del que parte o al que quiere llegar, es lo que podemos llamar "estilo".

Todo eso nos lleva de vuelta a la ciencia. Comenta Fredric Jameson (1989), que la historia de los géneros es también la historia de las formas y la evolución de la vida social, así la discusión sobre las

tipologías y las características de los géneros es la discusión sobre la forma de la sociedad. Una sociedad que no considera que la literatura científica sea un género tiene una forma determinada, diferente a la que cree que es la poesía la que permite llegar al conocimiento verdadero, por poner un ejemplo. Los géneros de una época son también las condiciones de posibilidad de lo que se puede decir (ergo de lo que se puede describir como real).

Contenido y forma están pues unidos, y de forma consistente. Uno no puede escribir de cualquier manera en un artículo científico, es decir, no puede salirse de la forma literaria que tiene asignada, y si lo hace, asume ciertos riesgos, como el de la pérdida de credibilidad para empezar. Eso lleva a pensar que la credibilidad de un artículo, junto con otras características, se pone en juego en el momento de dar forma al contenido. Y es más, nos puede hacer pensar que precisamente estas características científicas reposan más en la forma que en el contenido, es decir en adscribirse correctamente en el género adecuado.

EN EL PRINCIPIO: el autor

Si el género tiene la pretensión de convertirse en máquina de narrar, perfecta a poder ser, debemos preguntarnos quién escribe nuestros textos. Nada de lo que se diga tendrá la misma fuerza, los mismos efectos, el mismo impacto, el mismo poder ni la misma gracia, estando ubicado en un género u otro. Pero al mismo tiempo, el género por si solo no funciona. Si el género es el motor, le faltará la gasolina del autor y si el género es la gasolina, le faltará motor al que hacer funcionar. Sea como sea, no hay género sin autor, justo por ello, es importante saber quién escribe nuestros textos. Quién habla por nosotros a través de nuestra voz, de nuestra escritura. Está el género, está el autor, pero... ¿y si hay alguien más? Haciendo referencia a la ciencia, y al complejo económico, político y militar que la constituye, Donna Haraway (1995) se preguntaba cómo hablar desde la barriga del monstruo, pero en realidad, el problema es cómo saber que no es el monstruo el que habla por nosotros, a través de nuestra barriga, desde nuestras vísceras.

En ciencia el autor es la autoridad, una relación que ya no es tan explícita en lo que consideramos "literatura". De ahí que la cuestión de los monstruos planteada por Haraway sea muy pertinente. La autoridad científica tiene la capacidad de perpetuar las relaciones de desigualdad y de dominación si no se hace a sí misma suficientemente reflexiva. Pero la autoridad del autor científico no proviene nada más de sus características personales, de ese desinterés y esa honestidad que se le presuponen, si no que surgen del entramado de autores que configuran todo acto científico. Es decir, de las distintas fuentes de autoridad que se suman en un momento dado para dar forma a un autor científico (persona o equipo).

En primer lugar, tenemos la autoridad que proviene del mundo académico y científico: el investigador y su trabajo forman parte de un sistema de instituciones académicas, habitualmente etiquetadas como "de reconocido prestigio". El investigador añade siempre a su firma la de la institución de procedencia, y sabe que con su trabajo refuerza el prestigio de su institución y que la presencia de la institución en la firma del trabajo añade credibilidad a sus aportaciones. Finalmente, el sistema de revistas que acoge la publicación, que ha sido examinada y comentada por varios editores y revisores, refuerza a su turno, con su carga de prestigio, la palabra del autor.

En segundo lugar, está la autoridad del método y de las disciplinas: el investigador participa del discurso de la ciencia, de sus autoafirmadas máxima neutralidad y objetividad, honestidad y

desinterés personal, de su retórica del conocer por conocer. Participa de un método que se autoproclama como la mejor (cuando no la única) forma de obtener conocimiento certero sobre la realidad, como la forma adecuada de dirimir entre la verdad y la falsedad.

En tercer lugar tenemos la autoridad de las instituciones estatales occidentales, la investigación se desarrolla mayoritariamente en países que tienen o han tenido aspiraciones imperiales, en estados modernos con proyectos colonizadores vinculados a la expansión del capitalismo. El autor forma parte de este conglomerado al que sostiene y que le sostiene. El prestigio que se obtiene de trabajar en un determinado país, no es solamente un pago por la contribución a su enriquecimiento y grandeza, sino por la colaboración en el establecimiento de la verdad occidental. Al mismo tiempo, el autor sabe que tendrá el apoyo de este país para proseguir sus investigaciones, para conseguir los medios para realizarla (aunque sea a costa de otros países) y para obtener la credibilidad que necesite.

En cuarto lugar, otra fuente de autoridad proviene de la propia condición del autor como sujeto moderno. El investigador suele ser un hombre, blanco, de clase media, de ética protestante (y cuando no lo es, se comporta como si lo fuera). Es el individuo por definición, movido por su propia voluntad y capacidad de sacrificio. Tiene la agencia y la autonomía del sujeto moderno, lo que ve y explica, lo que testimonia, es verdadero, porque no lo hace en tanto que ser sujetado sino en tanto que ser libre. Su testimonio es de por sí fuente de credibilidad.

Como se ha podido ver, la palabra del autor es poderosa, pero no por el poder que pueda tener, sino por la red de autoridades, autorías y autores que se suman a su voz. Cada una de estas autoridades está vinculada a un sistema concreto de relaciones de poder, no es nunca desinteresada. Pero en cambio, estas autoridades se ocultan detrás de un aura de desinterés y objetividad que se quiere vincular siempre a la evolución del conocimiento en general y nunca a un grupo o sociedad particulares.

Claro que lo que pasa es que aunque nosotros somos en parte el monstruo, no somos únicamente el monstruo, sino también más cosas. Por ello, a veces nos gusta aprovecharnos de esta capacidad de verdad que emana de nuestra "sola" presencia, para poder afirmar cómo son las cosas. Aquí lo hacemos con la esperanza de que alguna de nuestras verdades no contribuya a reforzar estos poderes que nos constituyen, si no a minarlos.

INTERMEDIO: las modalidades de la resistencia

En el terreno de las metodologías cualitativas, y muy especialmente en la antropología, la crisis planteada por la crítica a la autoridad del etnógrafo, en tanto que representante del sistema moderno de la ciencia, ha provocado un alud de nuevas investigaciones. Las novedades que ofrecen las etnografías experimentales son varias, cada una es un intento de responder a alguna de las necesidades creadas por las críticas planteadas. Citaremos a modo de listado, algunos ejemplos de soluciones experimentales (citados en Feliu, 2002 y en Reynoso, 1996) al reto planteado por la voz "autorizada":

Romper la distancia emocional: implicarse emocionalmente en la etnografía, en concreto con la vida de los informadores. Haciéndolo, se rompe la regla de mantener una distancia psicológica que garantice la objetividad y se entra en un mundo de significados claramente subjetivos, pero presentes

al fin y al cabo en la vida de los informadores. Se trata de crear una antropología emocional, en oposición a la antropología racional, una antropología del *comprender* más que una del *explicar*. Sentir al otro íntimamente, como parte de una misma, cosa que en el fondo reclama una implicación política.

Escribir con y para los indígenas: Se trata de escribir la monografía con la presencia, participación, lectura y crítica de los informadores. En algunos casos se trata de escribirla para ellos, en otros, escribirla de forma compartida, o bien de que escriban por separado antropólogo e informador diferentes partes de la misma.

Promover la polifonía: hacer etnografías “conscientes” de la multiplicidad de autores y de voces que contiene un texto como este. Tanto el etnógrafo como el informador, pueden tener diferentes voces en el texto.

Individualizar a los informadores: no considerar a los informadores miembros representativos de una supuesta cultura homogénea, si no como a individuos concretos en un contexto particular. Personas con nombres y apellidos específicos y por tanto vidas particulares.

Recordar el carácter dialógico de las etnografías: toda etnografía surge en el diálogo con los informadores. Por tanto, se trata de mantener casi literalmente las interacciones enteras en el texto, de manera que sea también el lector quien se vea obligado a dialogar con lo que dicen los informadores. La reproducción del diálogo puede evitar la metanarrativa totalizadora de la antropología convencional.

Remarcar el carácter de ficción de toda etnografía: escribiendo una novela, un relato autobiográfico, mezclando elementos de diferentes culturas...

Borrar los límites: producir productos conscientemente híbridos, de naturaleza transcultural o transdisciplinaria, que remarquen el carácter impreciso, difuso y arbitrario de las fronteras culturales y disciplinarias. Son escritos que se sitúan en los sectores liminales, pueden ser etnografía y literatura, pueden ser occidentales o exóticos simultáneamente.

Explicitar los procesos de elaboración: mostrar cómo el encuentro con el otro obliga a replantearse la propia identidad y a reconsiderar los objetivos de la etnografía, en lugar de la práctica demasiado habitual de cambiar las hipótesis de trabajo *post-hoc*.

Explicitar las relaciones de poder: mostrar la posición de poder, o de falta de poder si es el caso, en la que se encuentra el etnógrafo al hacer su trabajo de campo. Es necesario cuestionar esta posición para poner de relieve los procesos que entran en juego a la hora de crear datos etnográficos.

Reflexionar: disponer en el texto de elementos de reflexión (otras voces, pensamientos en voz alta, preocupaciones varias...) que obliguen al lector a pensar en las espirales y las circularidades con las que topa toda etnografía y todo trabajo de investigación.

Mostrarse vulnerable: explicitar las dudas que surgen en el proceso de elaboración de la monografía o en la propia recolección de datos. Explicitar las razones, alternativas a la versión oficial, por las cuales se ha escogido un determinado sitio para ir a investigar. Mostrar el poco control que se tiene sobre los datos que después se mostrarán como fiables.

Escoger como tema los productos impuros: no centrarse en aquellos aspectos que tradicionalmente se supone que son los elementos centrales de una cultura, si no en los aspectos

marginales contaminados por el capitalismo occidental: los productos híbridos. Esto nos ayuda a entender que las culturas no permanecen inmóviles e inmutables al paso del tiempo.

Hacer un collage: explicitar la intertextualidad inherente a cualquier texto, poniendo fragmentos de todos aquellos textos que “resuenen” en él: ya sean diálogos con los informadores, artículos de enciclopedia, fragmentos de otras monografías, textos de filósofos clásicos, piezas literarias como novelas, poesía, o notas de campo del autor.

Cada una de estas propuestas intenta responder de algún modo a la pregunta de cómo romper con la autoridad.

AVANCE: la autoetnografía entre otras PAC (Prácticas Analíticas Creativas).

P.A.C. es una expresión de Richardson, 2000, para designar aquellas prácticas analíticas que mezclan el lenguaje del arte con el de las ciencias sociales y que tienen como objetivo producir conocimiento social a través de una práctica creativa). Dentro de las diferentes Prácticas Analíticas Creativas, la autoetnografía es un género de tipo autobiográfico que muestra diferentes niveles de consciencia que conectan lo personal con lo cultural (Ellis y Bochner, 2000). Es una mirada que recorre un camino de ida y vuelta entre lo social y lo personal. En esta ida y vuelta, la frontera entre lo personal y lo social se diluye.

La autoetnografía y otras PAC, surgen de la crisis de confianza en las ciencias sociales que empieza a emerger en los años setenta, debido a la duda generalizada sobre el propósito exacto de estas ciencias y la improbable consecución de sus objetivos mediante las técnicas predominantes en aquel momento. Así pues, a la crisis de las ideas de acumulación y de progreso, se le suma la evidencia de la falta de fundamentos del método científico positivista. Aparece una creciente consciencia de que los hechos están conectados al vocabulario. Aunque como afirma David Locke (1992), no es que no haya nada más allá del lenguaje, sino que lo que está más allá, solo se puede concebir mediante el lenguaje. De la crisis de las grandes narrativas, una de las cuales es la ciencia social positivista, emerge la pregunta sobre si la tan aclamada objetividad, mejora de alguna manera la condición humana. Se abre así una cierta consciencia sobre las conexiones entre autores, textos y lectores, y los espacios para la interpretación que se desarrollan a partir de estas conexiones. Con ello se visibiliza el hecho de que los significados cambian, de que se encuentran en perpetuo movimiento. Eso legitima las múltiples perspectivas que se pueden encontrar a raíz de la aparición de una pluralidad de voces que se acercan por primera vez al mundo académico y que suponen la entrada en escena de conocimientos locales (ilegítimos hasta el momento), situados, marginales, fronterizos... En este movimiento se toma consciencia de los efectos de la raza, la clase, el género, la sexualidad y las diferentes (minus)valías sobre el conocimiento posible y producido. Una de las consecuencias más relevantes para este argumento, es la importancia que adquieren las narraciones, dado que el conocimiento se encuentra entrelazado con las vidas concretas y las experiencias personales. Hasta el punto de que el conocimiento en sí, no deja de ser una narración más que participa en el mundo de las narraciones sobre la vida.

La autoetnografía puede ser una forma de resistencia a las modalidades del control social que marginan narraciones alternativas. En este sentido, permite destacar las convenciones sociales junto

con las opciones morales y éticas de la investigación. Siendo las ciencias humanas y sociales disciplinas que consisten en personas que estudian a personas, la tarea reflexiva se hace inexcusable. La autoetnografía permite diferentes tránsitos: de la idea de representación y expresión a la de diálogo y evocación; de la tercera persona a la primera; de la generalización al caso único; de la ciencia a la literatura; de la estaticidad de los hechos contados por la ciencia, a la fluidez y el dinamismo de la narración; del actor racional a la experiencia emocional; de la objetividad a la subjetividad. En resumen, contribuye a redefinir el poder y las instituciones sociales, dado que estas siempre están definidas a través del lenguaje.

Aunque probablemente lo más importante de la autoetnografía es que es fácil de leer. Esto no es una reivindicación de la literatura popular, aunque podría serlo, si no del hecho de que se haga participar al lector de los sucesos descritos y analizados en el texto. La retórica cientificista es un instrumento que no solamente sirve para hablar con propiedad y exactitud, sino sobre todo para alejar al lector profano, creando una distancia insalvable a través del uso de vocabulario y expresiones extremadamente especializadas. La autoetnografía parte de la idea de que la narración del viaje permite la comprensión del proceso narrado, así el énfasis no se encuentra en el destino final, no se halla en la explicación, no se trata de resolver un misterio, si no de dar claves para la empatía, y por lo tanto pasar de la superioridad del autor a la igualdad con el lector.

Los trabajos autoetnográficos se pueden clasificar según el grado de énfasis que muestran en dos ejes que se cruzan. El primer eje sería el que iría de lo social a lo individual, así puede haber trabajos más interesados en describir el proceso personal y otros más interesados en describir la cultura en la que se dan. El segundo eje iría del realismo a la ficción, es decir trabajos que enfatizan más su voluntad de producir conocimiento objetivo (con o sin reflexión sobre el propio proceso de la investigación) y trabajos que enfatizan más el aspecto ficcional y literario de toda producción escrita. A lo largo de estos dos ejes, encontraríamos diferentes tipos de trabajos, por ejemplo:

Etnografías reflexivas: Etnografías del Otro, parten del objetivo clásico de la descripción de una sociedad, pero incorporan la experiencia personal y la voz del etnógrafo. Incluyen tanto problemas personales como de investigación, eso hace más transparente el producto final.

Etnografías nativas o de miembros del grupo: el etnógrafo forma parte completamente de la sociedad o el grupo estudiados y lo aprovecha para contrarrestar la visión que se ofrece por parte de los que no son miembros. Es una etnografía del 'nosotros'.

Narrativas personales evocativas: muestran aspectos personales de la vida del etnógrafo, habitualmente durante su trabajo de campo. La figura del otro se convierte en secundaria, forma parte del contexto personal y dialógico del etnógrafo.

Autobiografías: El autor explica su vida en forma de memorias. Puede poner énfasis o no, en las descripciones sociales y culturales.

Etnografías literarias o poéticas: Cuentos, novelas, poesía... basadas en la experiencia (auto)etnográfica.

Lógicamente no hay ningún standard para medir la validez de una autoetnografía, lo que no quiere decir que no sea válida, si no que debe enfrentarse a otros criterios, los cuáles además, solo podrán proceder del diálogo con el autor y la discusión argumentada. Pero lo cierto es que tampoco hay una realidad previa a la narración con la cual contrastarla, cualquier sentido de la experiencia pre-

narrativa se constituye en su expresión narrativa, lo cuál no lo hace diferente por cierto, a ningún descubrimiento científico, cuyo valor nunca se discute en base a su ajuste con la realidad, si no a su ajuste con las teorías vigentes.

La validez de una autoetnografía proviene de su capacidad para evocar que el sentimiento de la experiencia narrada es plausible, que lo contado es verosímil, posible, factible. Comenta Bruner (1990): “como nos recuerda Cronbach: ‘la validez es subjetiva más que objetiva: la plausibilidad de una conclusión es lo que cuenta. Y la plausibilidad, por modificar el dicho, reside en el oído del espectador’.” (p. 108).

Además el conocimiento producido es siempre localmente relevante: las autoetnografías describen sucesos como la vivencia de un cáncer de pecho, de una bulimia, de la multiplicidad de roles laborales, de las dificultades de compatibilizar el mundo laboral con el familiar.... Todas son experiencias que ayudan a la comprensión de las múltiples formas posibles de la vida humana. Y por supuesto son generalizables, aunque no de la manera tradicional, no se trata de afirmar que tal vida es igual a otra, se trata más bien de partir de nuestra comprensión de que los casos únicos en sí no existen, dado que todas las personas son socializadas en alguna institución humana. El caso que nos ocupa no puede dejar de ser un producto social y cultural del contexto en que se encuentra, sin olvidar además el papel del lenguaje en la conformación de la subjetividad de forma histórica y localmente específica. Y por supuesto, si de confianza se trata, siempre se puede comprobar el trabajo de campo, dar la oportunidad a los participantes de comentar su aportación, de participar en el análisis, de matizar sus conclusiones.

FIN: evaluar

Una autoetnografía busca la conexión de lo personal con lo social, y ello siempre en un terreno disciplinar pre-establecido que comparte un vocabulario, unos autores, unas formas de citar, unas discusiones... Para ello, una autoetnografía será siempre evaluada, por un tribunal, por un editor... Para evaluar, algo que a veces no queda más remedio que hacer, un trabajo autoetnográfico o una PAC, Richardson (2000) nos propone algunos elementos para ello que le son útiles:

Contribución substantiva: el trabajo ayuda a la comprensión de la vida social. Utiliza la perspectiva de la ciencia social.

Mérito estético: la experiencia de la lectura es suficientemente satisfactoria, no es aburrida, las descripciones son vividas, invita a seguir leyendo.

Reflexividad: el autor revela ser consciente del propio punto de vista y la propia posición. En la narración se incluyen los procesos de decisión, de producción de datos y de la subjetividad del autor. Aparecen cuestiones etico-políticas.

Impacto: el texto llega emocional e intelectualmente. Provoca nuevas preguntas, impulsa a escribir, a actuar, a investigar más...

Realismo: parece plausible, verosímil. Se preocupa por generar la sensación de que se está leyendo una experiencia vivida.

DESPUÉS DEL FIN

Este texto debe tomarse como invitación a participar en la transformación de la escritura en ciencias sociales. Para que en el proceso de escritura de cualquier investigación se incorporen las reflexiones sobre el estilo, las metáforas usadas, lo que se muestra y lo que se evoca sin complejos. La idea es abandonar la escritura habitual, hecha por nadie y desde ningún lugar, a favor de una escritura en la que el investigador se implica y se responsabiliza personalmente de los procesos que describe. Algo como una introspección sociológica sistemática, en la cual revivir las emociones ligadas a una vida particular nos ayude a documentar el día a día de toda una forma de vida, permitiéndonos captar el proceso de construcción social de la vida cotidiana.

Por supuesto esto no puede hacerse sin dificultades: la primera la calidad de la escritura, que debe ser más próxima a la literaria que a la que acostumbramos a emplear los científicos. Otras dificultades tienen que ver con el proceso y el procedimiento. Se requiere una mínima, pero complicada de lograr, honestidad emocional. Se requiere también una observación constante, una prudencia ética por todo lo que nos afecta e implica a terceras personas a las que solemos querer, y la disposición a que una serie de desconocidos lectores o miembros de tribunales académicos, accedan a parcelas íntimas de nuestra vida.

Pero, como comenta Richardson (2000), se escribe para aprender alguna cosa, pero también se escribe para ser leído, así que el viaje vale la pena al final si con él conseguimos transmitir nuestras ideas, experiencias y opiniones a más gente, ya que para eso nos pagan y de eso es de lo que se trata.

Referencias

- Arán, Pampa Olga. (2001). *Apuntes sobre géneros literarios*. Córdoba (Argentina): epóKe editores.,
- Bruner, Jerome. (1990). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Ellis, Caroline. y Bochner, Arthur. (2000). Autoethnography, Personal Narratives, Reflexivity: Researcher as Subject. En Norman K. Denzin & Yvonna S. Lincoln (Eds.). *Handbook of Qualitative Research. Second Edition*. London: Sage. Pp. 733-768.
- Feliu, Joel. (2002). L'esclat de la diversitat. Les propostes de la postmodernitat. A Agustí Andreu i Jordi Pascual (coords.). *Diferències humanes i diversitat*. Barcelona : Editorial UOC.
- Haraway, Donna. (1995). *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Jameson Frederic. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Madrid: Visor.
- Locke, David. (1992). *La ciencia como escritura*. Madrid: Cátedra.
- Reynoso, Carlos. (comp.) (1996). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Richardson, Laurel. (2000). Writing: A Method of Inquiry. En Norman K. Denzin & Yvonna S. Lincoln (Eds.). *Handbook of Qualitative Research. Second Edition*. London: Sage. Pp. 923-48.

Formato de citación

Feliu, Joel (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital*, 12, 262-271. Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/447>

Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse. Es doctor en Psicología Social y profesor titular del Departamento de Psicología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona. Investigador de los grupos JovenTIC y GESCyT. Destacan entre sus publicaciones recientes la coedición con Adriana Gil de *Psicología Económica y del Comportamiento del Consumidor*. Barcelona: Editorial UOC, 2004; y su participación en el libro de Adriana Gil y Montserrat Vall-Ilovera *Jóvenes en Cibercafés: La dimensión física del futuro virtual*. Barcelona: Editorial UOC, 2006.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#)

[Texto completo de la licencia](#)